



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 26 de mayo al 1° de junio de 2019. Domingo VI de Pascua

«El Espíritu Santo les irá recordando lo que les he dicho»

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Hechos de los apóstoles 15,1-2. 22-29: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponer más cargas que las indispensables.

Salmo: Salmo responsorial: 66: Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

2ª Lectura: Apocalipsis 21,10-14. 22-23: Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo

Evangelio: Juan 14,23-29: El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.

Monición: La Santísima Trinidad quiere “morar”, quiere vivir en mi corazón. Para eso, es necesario que yo “guarde” las Palabras de Dios, pero no como quien guarda un libro en un cajón. Guardar la Palabra es “vivir conforme a esa Palabra”, es respetarla y honrarla.

Para poder reflejar el rostro de Dios, Uno y Trino, me esforzaré más por conocer, por comprender y principalmente por vivir conforme a el Evangelio.

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 14,23-29)

+++ Gloria a Ti, Señor

Jesús le respondió: “Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él.

El que no me ama no guarda mis palabras; pero el mensaje que escuchan no es mío, sino del Padre que me ha enviado.

Les he dicho todo esto mientras estaba con ustedes.

En adelante el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho.

Les dejo la paz, les doy mi paz. La paz que yo les doy no es como la que da el mundo. Que no haya en ustedes angustia ni miedo.

Saben que les dije: Me voy, pero volveré a ustedes. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, pues el Padre es más grande que yo.

Les he dicho estas cosas ahora, antes de que sucedan, para que cuando sucedan, ustedes crean...”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El Evangelio de hoy, al igual que el de la semana pasada, transcurre en el marco de la Última Cena del Señor.

A lo largo de este capítulo decimocuarto del Evangelio según San Juan, Jesús se refiere varias veces a su próxima partida, al Espíritu Santo que enviará y a la forma en la que podemos (y debemos) expresar nuestro amor a Dios.

Está hablando, en general, con los once Apóstoles que quedan en el Cenáculo, después de la salida de Judas Iscariote; pero lo que dice al principio, es su respuesta a una pregunta específica que le había formulado San Judas Tadeo, por eso comenzamos leyendo la frase: “*Jesús le respondió...*”

La pregunta era esta: “*Señor, ¿por qué hablas de mostrarte a nosotros y no al mundo?*”, pues Jesús había dicho antes: “*Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes me verán, porque yo vivo y ustedes también vivirán.*” (Jn 14,19).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

La respuesta del Señor no es directa, pero sí resulta bastante clara. Es como si le dijera: *“Voy a mostrarme sólo a los que me amen, y los que me amen son los que cumplirán mi Palabra... La gente que es del mundo no la cumplirá, y por eso no me verán...”*

Esta respuesta nos ayuda bastante a la hora de pensar por qué el mundo está como está: Sencillamente porque no amamos lo suficiente a Dios, y porque no cumplimos su Palabra, por eso, cada vez menos gente “lo ve”, cada vez menos gente cree en Él, “se borra a Dios” y crece el mal...

El panorama se ve desolador, pero nos anima la esperanza puesta en la Palabra de Dios: “las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia”, es decir, el mal NO tiene la última palabra. El triunfo final será de Dios Todopoderoso, y de “el resto” que se mantenga Fiel a Él, el “pequeño rebaño”, etcétera.

Ahora bien, tanto en el Evangelio de la semana pasada como en éste, el Señor procura ir preparando a sus discípulos para que puedan continuar con la misión que han iniciado junto a Él, después de que Él regrese a los Cielos.

Esa preparación, naturalmente, quiere hacerse extensiva a nosotros también, que por el bautismo hemos sido hechos hijos de Dios y discípulos de Cristo, que hemos recibido por tanto la encomienda de continuar con la misión apostólica, pero que no tuvimos el honor y la gracia de compartir junto a Él los días en los que Él habitó, humanamente, entre los hombres; pero tenemos la gracia y el honor de poder recibirlo CADA DÍA como alimento en la Eucaristía.

El domingo pasado el Señor nos decía que, para que nos reconozcan como discípulos suyos, debíamos **amar**, pero no de cualquier manera (no como nosotros queramos amar, o como “nos nazca” hacerlo), sino *“como Él nos ha amado”*. (Jn 13,34).

Sin embargo, el mandamiento del amor recíproco, del amor mutuo, a la medida en que Jesús nos amó, sólo puede cumplirse si sabemos amar a Dios y sabemos dejarnos amar con Él; si nos nutrimos permanentemente de Él y en Él nos fortalecemos, porque humanamente es imposible amar como ama Dios; por lo tanto, es necesario “divinizarse”.

Hoy Jesús nos dice cómo podemos hacer para “divinizarnos”: *“Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él...”*

Las cosas están bastante claras, y no es difícil “dominar” esta “teoría”. El problema consiste en poner esto en práctica, ¿verdad?

Pero ese problema tiene una solución: *“...el Espíritu Santo, el Intérprete que el Padre les va a enviar en mi Nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho”*, nos dice Jesús, entonces quiere decir que contamos con una gran “asistencia”, con una ayuda sobrenatural, que es la Gracia y el Don de Dios: el Espíritu Santo, que llega y habita en nosotros a través de los Sacramentos.

Busquemos la gracia de Dios en los Sacramentos y vayamos preparándonos, con la Liturgia, en humilde y sincera oración, para recibir una gran efusión del Santo Espíritu en el próximo Pentecostés.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Les dejo mi Paz, nos dice el Señor, para que no haya en nosotros angustia ni miedo. Y aclara que “su” Paz es distinta de la paz que ofrece el mundo, por lo general cimentada en el poder, en la tranquilidad económica, en la seguridad material, en las capacidades personales, en las habilidades para “manejar situaciones” e incluso para “manipular personas”, etcétera.

Seguidamente, una vez más, en este pasaje evangélico, Jesús nos enseña el valor de la obediencia, y es que ésta, en verdad, es la base de la vida y de la labor apostólica y cristiana. Lo vemos cuando el mismo Jesús nos dice: *“el mensaje que escuchan no es mío, sino del Padre que me ha enviado.”*

Lo hemos comentado varias veces ya, parafraseando al ex-cardenal Josep Ratzinger: *“en la Iglesia, nadie puede hablar a nombre propio, ni decir ni hacer simplemente lo que quiere, lo que ‘le parece’...”*

En su conferencia “La Nueva Evangelización”, Ratzinger lo decía con palabras bastante duras: *“El distintivo del Anticristo es su hablar en nombre propio. El signo del Hijo es su comunión con el Padre. El Hijo nos introduce en la comunión trinitaria, en el círculo del eterno amor, cuyas personas son ‘relaciones puras’, el acto puro del donarse y del acogerse.*

El diseño trinitario -visible en el Hijo, que no habla a nombre suyo- muestra la forma de vida del verdadero evangelizador. Aún más, evangelización no es simplemente una forma de hablar sino una forma de vivir: vivir en la escucha y hacerse voz del Padre. ‘Él no viene con un mensaje propio, sino que les dirá lo que escuchó’ dice el Señor sobre el Espíritu Santo. (Jn 16,13).” (Roma, 30 de junio de 2001).

De nuevo debemos decir que nada de esto es fácil, pero es de vital importancia tenerlo claro y esforzarse por asimilarlo y cumplirlo, a pesar de las debilidades, de los temperamentos, de las heridas que se arrastran desde la infancia, y de todas las características personales de cada quien. En la Iglesia TODO es una cuestión de COMUNIÓN... No existen comunidades aisladas, parroquias aisladas, agrupaciones aisladas... cuando se presentan estos “aislamientos”, de seguro que el enemigo está utilizando a alguien para dividir, y allí están los que hablan a nombre propio, interpretan, crean e inventan.

Finalmente, el Señor nos dice: *“Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, pues el Padre es más grande que yo.”* Con esta sentencia ratifica otra vez su humilde sumisión al Padre, pero además nos da a entender que el retorno junto a Él es lo mejor que nos puede ocurrir: *“si me amaran, se alegrarían...”* porque en ningún lado se puede estar mejor; estar junto a Él es el sumo bien: la suma de todos los bienes...

Decía San Atanasio: *“Jesucristo es igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad”*. Aun en la comunidad perfecta de la Santísima Trinidad, lo propio del Hijo (y aun del Espíritu Santo) es recibir y obedecer. La superioridad del Padre es la propia del que envía, respecto a su enviado...

Esforcémonos pues por aprender a practicar la obediencia, que es el camino seguro de la santidad. Decía muy inspirado San Juan Crisóstomo: *“Dios no necesita de nuestros trabajos, sino de nuestra obediencia.”* **(Homilía sobre san Mateo, 56)**

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente)



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

- a) ¿Entiendo que, así como amar a Jesús es amar al Padre, amar a Dios es también amar a mis hermanos? ¿De qué manera estoy demostrando que entiendo bien esto...?
- b) ¿Qué morada ofrezco en mi corazón a la Santísima Trinidad? ¿Con qué asperezas o suciedades tiene que convivir Dios allí? ¿Cómo me estoy esforzando para hacer que esa morada sea más digna? ¿Estoy orando y rezando lo suficiente...?
- c) ¿Con cuánta frecuencia invoco al Espíritu Santo, para que me santifique, me ilustre, me inspire y me fortalezca?
- d) ¿Estoy esforzándome de verdad por “crecer” en la humildad y en la obediencia? ¿Con qué acciones o actitudes concretas?
- e) ¿A nombre de quién trabajas tú? ¿Quién te envía? ¿Cuáles son tus vínculos de Comunión con Jesucristo y con Su Iglesia?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen comentarios. Buscaremos la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones 257-260, 1996-1999, 2003-2005, 1093-1103, 2626-2628; 2639

257 “¡Oh Trinidad, luz bienaventurada y unidad esencial!”, (Liturgia de las Horas, himno de vísperas). Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso. Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el “designio benevolente” que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, “predestinándonos a la adopción filial en Él”, es decir, “a reproducir la imagen de su Hijo”, gracias al “Espíritu de adopción filial” (Rom 8,15). Este designio es una “gracia dada antes de todos los siglos”, nacido inmediatamente del amor trinitario. Se despliega en la obra de la creación, en toda la historia de la salvación después de la caída, en las misiones del Hijo y del Espíritu, cuya prolongación es la misión de la Iglesia (Cfr. AG 2-9).

260 El fin último de toda la economía divina es el acceso de las criaturas a la unidad perfecta de la Bienaventurada Trinidad (Cfr. Jn 17,21-23). Pero desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: “Si alguno me ama -dice el Señor- guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él”. (Jn 14,23).

“Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti, inmóvil y apacible, como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Que yo no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reservas a tu acción creadora.” (Oración de la Beata Isabel de la Trinidad).

1997 La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como “hijo adoptivo” puede ahora llamar “Padre” a Dios, en unión con el Hijo único. Recibe la vida del Espíritu que le infunde la caridad y que forma la Iglesia.

1999 La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida, infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma, para sanarla del pecado y santificarla: es la gracia santificante o divinizadora, recibida en el Bautismo. Es en nosotros la fuente de la obra de santificación (Cfr. Jn 4,14; 7,38-39): Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo (2Cor 5,17-18).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

2003 La gracia es, ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar en la salvación de los otros y en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Estas son las gracias sacramentales, dones propios de los distintos sacramentos. Son además las gracias especiales, llamadas también “carismas”, según el término griego empleado por San Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio (Cfr. LG 12). Cualquiera que sea su carácter, a veces extraordinario, como el don de milagros o de lenguas, los carismas están ordenados a la gracia santificante y tienen por fin el bien común de la Iglesia. Están al servicio de la caridad, que edifica la Iglesia (Cfr. 1Cor 12).

2005 La gracia, siendo de orden sobrenatural, escapa a nuestra experiencia y sólo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados. Sin embargo, según las palabras del Señor: “Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza llena de confianza: Una de las más bellas ilustraciones de esta actitud se encuentra en la respuesta de Santa Juana de Arco a una pregunta capciosa de sus jueces eclesiásticos: “Interrogada si sabía que estaba en gracia de Dios, responde: ‘si no lo estoy, que Dios me quiera poner en ella; si estoy, que Dios me quiera conservar en ella’.” (Santa Juana de Arco, Proceso de Condena, Ed. P. Tisset (Paris 1960) p. 62).

1093 El Espíritu Santo realiza en la economía sacramental las figuras de la Antigua Alianza. Puesto que la Iglesia de Cristo estaba “preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza” (LG 2), la Liturgia de la Iglesia conserva como una parte integrante e irremplazable, haciéndolos suyos, algunos elementos del culto de la Antigua Alianza:

- principalmente la lectura del Antiguo Testamento;
- la oración de los Salmos;
- y sobre todo la memoria de los acontecimientos salvíficos y de las realidades significativas que encontraron su cumplimiento en el Misterio de Cristo (la Promesa y la Alianza; el Éxodo y la Pascua; el Reino y el Templo; el Exilio y el Retorno).

2626 La bendición expresa el movimiento de fondo de la oración cristiana: es encuentro de Dios con el hombre; en ella, el don de Dios y la acogida del hombre se convocan y se unen. La oración de bendición es la respuesta del hombre a los dones de Dios: porque Dios bendice, el corazón del hombre puede bendecir a su vez a Aquel que es la fuente de toda bendición.

2628 La adoración es la primera actitud del hombre que se reconoce criatura ante su Creador. Exalta la grandeza del Señor que nos ha hecho y la omnipotencia del Salvador que nos libra del mal. Es la acción de humillar el espíritu ante el “Rey de la gloria” y el silencio respetuoso en presencia de Dios “siempre mayor” (San Agustín, Sal. 62,16). La adoración de Dios tres veces santo y soberanamente amable nos llena de humildad y da seguridad a nuestras súplicas.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 85 He dicho a todos que daré a conocer el Nombre del Padre a fin de que esté en ustedes el amor con el que el Padre Me Ha amado y así pueda Yo permanecer siempre en ustedes (...) Yo hago conocer al Padre a los que aceptan Mi Luz y la luz nunca viene sola, porque la acompaña el amor; luego el amor, haciendo morada en ustedes, es testimonio de Mi Presencia.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

7.- Virtud del mes: En mayo, practicamos la virtud de la **Justicia**

Esta Semana veremos el canon 1040, que dice lo siguiente:

1040 El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces El pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El Juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (Cfr. Ct 8,6).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CS-5: Dicen que Me aman y es verdad. Ustedes Me aman, pero ámenme siempre y no sólo cuando Me muestro en brazos de Mi Madre; ámenme también cuando recibo insultos y golpes, cuando Me quedo solo delante de los tribunales de los hombres, sólo para recibir injurias, desaires, escupitajos, golpes y así Estoy todavía ahora, cuando esto se repite en ustedes. (...)

Pido, por tanto, oración y acción. La una y la otra se complementan: ¡acepten hacerse una parte de Mí ahora y verán lo que haré de ustedes el día de Mi Juicio!

Ustedes que Me aman aquíétense, reposen, tomen alivio, como Yo lo hice en el Huerto al pensar que Aquel que les habla, ansía la verificación de lo que dije a todos solemnemente en una hora de dulzura y estremecimiento: quiero que todos sean una sola cosa como lo somos Nosotros: el Padre, el Amor y Yo.

Por ustedes lo pedí y a ustedes lo recuerdo. No podrán olvidarlo...

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Para poder reflejar el rostro de Dios, Uno y Trino, me esforzaré más por conocer, por comprender y principalmente por vivir conforme a el Evangelio. Aprovecharé los medios que Dios pone a mi alcance para ello, como la App del ANE, la recepción frecuente de los sacramentos y la oración.

Con la virtud del mes:

a) Como un acto de justicia, y aunque me cueste mucho, procuraré hacer un bien extraordinario a alguien a quien haya hecho daño anteriormente.

b) Meditaré, en oración, sobre la Justicia Divina:

1.- Hemos visto que la justicia consiste en “darle a cada quien lo que le corresponde y lo que se merece”

2.- Dios nos conoce a todos completamente.

3.- Entonces, ¿quién mejor que Dios, puede “darle a cada quien lo que le corresponde y lo que se merece”?

4.- Siendo yo como soy, que Dios me ve, ¿qué será lo que merezco...?

Que estos pensamientos nos ayuden a profundizar nuestra Conversión, a fortalecer nuestro Compromiso y a estrechar nuestra Comunión.

Nota: Durante esta semana iniciaré mi preparación para recibir en Pentecostés al Espíritu Santo. (Confesión, oraciones, meditaciones, “novenas”, etcétera)

9.- Comentarios finales: Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el



Apostolado de la Nueva Evangelización

Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Apostolado o para la Iglesia en general.